

Medicina en Fa Mayor

José Gordon

Perdido en la posibilidad de recaer, camina por las calles de San Juan de Letrán. Así se llamaban. Está a punto de entrar a una cantina cuando escucha una música que lo detiene. Se acerca a la tienda de discos. Su espíritu se siente reconfortado. Sale del abismo impulsado por una melodía que lo toca. ¿Cómo es posible que unas notas muevan de tal forma al ser? Le pregunta al dependiente de quién es esa música. Se trata del *Requiem* de Mozart. Se lleva el disco que escuchará una y otra vez. Es un talismán que le hace recuperar la memoria del alma.

En el libro *Delirium Tremens* de Ignacio Solares se narra esta historia en la que apreciamos la profunda y misteriosa transformación que genera la música. En torno a este prodigio Mozart decía: “Si tan sólo el mundo pudiera sentir el poder de la armonía”.

Todos guardamos en la memoria algunas melodías, algunas canciones que nos hacen sentir, ya sea a ritmo de bolero o de música barroca, el pulso mismo de la vida. El problema surge cuando, literalmente, se nos va la música y nos perdemos en lo inerte.

LO INERTE ES “INARTE”

De acuerdo con el neurofisiólogo Oliver Sacks la palabra inerte, etimológicamente, es la privación del arte. Dice que esa expresión originalmente era “inararte”. No sé si esto sea exacto. No importa. Debiera serlo. La experiencia de Sacks con sus pacientes le hizo apreciar que una de las formas de recuperar la identidad y salir del abismo de la patología puede surgir mediante la música y el arte en general.

En casos de Parkinson, en síndromes postencefalíticos, los pacientes quedan profundamente inertes. Una de las curas de ese



Frederick Sandys, *El hada Morgana*, 1864

estado, dice Sacks, es el arte: pacientes que parecen estatuas, incapaces de dar un solo paso (sin ningún impulso interno de actividad), ante la presencia de la música, casi milagrosamente son capaces de caminar, bailar, moverse y hablar en forma normal.

En el proceso de curación no se tiene que atender tan sólo la lesión, sino que se tiene que contemplar al individuo en su totalidad. De otra forma, se corre el riesgo de que se pueda quitar, por ejemplo, una migraña, pero junto con ella la creatividad matemática del individuo, como ocurrió en el caso de uno de los primeros pacientes de Sacks: “Cuando lo ‘curé’ de sus migrañas también lo ‘curé’ de sus matemáticas”. Uno tiene que investigar el drama humano completo. No se trata tan sólo de una historia clínica, sino de la construcción de una narrativa compleja, con múltiples dimensiones y capítulos.

Vuelvo a ver en la televisión la película *Despertares* (*Awakenings*), basada en un

libro de Sacks. En esta cinta se describen casos de pacientes que sufrían de *encephalitis lethargica* y que fueron “despertados” mediante el uso del poderoso fármaco L-DOPA. Con ello, sus síntomas inicialmente comenzaron a desaparecer. Desafortunadamente, el efecto no se sostuvo. Lo que ocurrió en 1969, sin embargo, fue una llamada de alerta al potencial que tiene este tipo de medicamentos para abrir posibilidades inéditas. También fue evidente que el “despertar” no era tan sólo cuestión de química, sino que dependía esencialmente de lo que constituye en términos morales y humanos “una vida”. Es decir, se requería de significado, sentido, arte, dignidad, volver a recuperar el alma.

Una paciente postencefalítica ex maestra de música, decía que su enfermedad la había *desmusicalizado*, pero que incluso antes de la L-DOPA, se recuperaba, aunque brevemente, si se le *remusicalizaba*. “Eres la música mientras dura la música”, bien decía Eliot.

“El arte, el juego, el drama y el rito tienen un poder terapéutico tan fuerte como el L-DOPA, o como cualquier otro fármaco —plantea Oliver Sacks— pero funcionan de manera distinta. Más que operar en una forma mecánica y parcial, *evocan una identidad*.”

Al analizar este tema, el escritor E.M. Forster subrayó lo obvio: las artes no son fármacos. No hay garantía de que actúen cuando se toman. Nos tocan de manera inesperada. Forster decía que “algo tan misterioso y caprichoso como el impulso creativo tiene que dispararse antes de que puedan actuar”. Algo así como la gracia en las mismas calles de San Juan de Letrán —a pesar de lo inerte—, la gracia de la música de Mozart la de un encuentro en donde cantan desafinados dos viejos amigos. ||